

Yo soy mi cuerpo (En la obra de Laín Entralgo)

José Arturo DE LORENZO-CÁCERES

Estas cuatro incisivas palabras albergan un proyecto de investigación y un resultado, necesariamente provisional y penúltimo, en torno a las pesquisas y reflexiones que Laín Entralgo ha ido exponiendo metódicamente en los últimos años. En la obra de Laín Entralgo esta frase podemos entenderla como culminación de un largo proceso, y podríamos asimismo articularla de modo circular, diciendo: «yo soy mi cuerpo; mi cuerpo es mi vida; mi vida es mi historia». Cuerpo, vida e historia van ligados al proyecto personal de existencia, a la empresa de ser hombre. Cuerpo de obra, dilatada y tenazmente interrogadora. Cuerpo personal de un hombre que da testimonio de sí mismo.

El cuerpo humano —así nos lo hace ver Pedro Laín Entralgo en su inicial obra, *Medicina e Historia*, en sus estudios monográficos *La espera y la esperanza* y *Teoría y realidad del otro*, en su magna y detallada *Antropología médica*—, aparece como singularidad paradójica, esto es, como esquema y ampliación de forma simultánea, de los campos de actividad de la ciencia y la filosofía. Es esquema ya que el cuerpo aparece como unidad acabada, opaca, resistente; esto es, totalidad presente al contemplador. Es ampliación, por otro lado, porque el cuerpo es la manifestación de complejas estructuras y sistemas que abren el dominio de la interrogación, el enigma y el misterio. Vida e historia, existencia en definitiva, aparecen en la realidad fenoménica como cuerpo que *da razón* de sí mismo. ¿Es, pues, el hombre sólo su cuerpo? «Materia personal», «naturaleza personificada» son dos de los nombres acuñados por Laín en su antropología dinamicista para inteligir la realidad, el

fenómeno y el misterio del cuerpo humano. ¿Cuándo aparece esta conclusión en el pensamiento de Laín? ¿Cómo se gestó? Hagamos historia de esta inquietud y extraigamos consecuencias de ella.

Hasta ayer mismo, cuando en 1989 publica «El cuerpo humano. Teoría actual», Laín aparece como dualista antropológico, para quien el cuerpo se enmarca dentro de una teoría general de la persona, cumpliendo el triple papel de *analizador* de vivencias y actividades psicofísicas, de *catalizador* de tales vivencias y proyectos de existencia y de *limitador* de la realización de la vida personal en el espacio y en el tiempo. En las líneas generales de su antropología dualista, el papel protagonista es asignado a la *persona*. Y ello es así, porque el pensamiento filosófico de Laín se nutre de dos fuentes principales: la primera de ellas, propiamente filosófica transita los hitos de Dilthey, Heidegger, Ortega y el Zubiri de hasta la década de los sesenta. La segunda, más atendida al aspecto creencial, es la antropología cristiana, exigentemente cuestionada. Ambas fuentes son utilizadas por Laín de forma complementaria y asuntiva. El concepto y la teoría del cuerpo humano, pues, navega en la vasta y ambigua noción de «vida», significando ésta la dualidad naturaleza-persona, en la cual, como hemos dicho, el acento está puesto en el segundo término, que es entendido como proyecto, idea de sí mismo y vocación. La vida personal, así, es asimilada de modo amplio a los conceptos agustiniano y orteguiano, en cuanto vida consiste en *inquietud* y *hacerse*, respectivamente. El hombre pues, es caminante, *viator*, y su término es, en tanto criatura, el encuentro con el Creador. Sin embargo, desde su primera obra, en la cual realiza apuntes sobre los fundamentos de una teoría del cuerpo humano, y en 1945, cuando dedica sendos artículos a la anatomía en el antiguo Egipto y en la India, así como en 1949 cuando escribe su artículo «Conceptos elementales para una historia de la anatomía», su reflexión sobre el cuerpo ha sido constante. Habrá que esperar, no obstante, a la quinta década de su fecunda actividad intelectual para que un viejo proyecto, la elaboración de una teoría general del cuerpo humano tome forma de una manera rigurosa y sistemática. El historiador científico y antropólogo exigente que es Laín elige la vía más erizada de dificultades, pero a la postre más gratificante y retardora a la que una mente científica puede acceder: la historia y teoría de un problema, epistemológico e interdisciplinar, combinando la actividad histórico-crítica e interrogativa con el propósito a que Cassirer aludía con las expresiones de «espíritu sistemático» y «espíritu de sistema».

A lo largo de estos cincuenta años Laín se desprende de su inicial hilemorfismo interpretado al modo cristiano, matizándolo de modo constante por

sus lecturas y reflexiones, en un ejercicio secularizador, hacia un modo de comprensión filosófica y científica, que le ha llevado en poco menos de diez años a la elaboración de un monismo dinamicista sobre el cuerpo y la conducta del hombre, que es a la vez metafísico y científico, recapitulador y asuntivo, y también dialogante con la creencia escatológica cristiana. Difícil reto y empresa admirable de revisión intelectual para estar «al día» en filosofía y en ciencia. No exageramos si decimos que en el actual panorama español, pocos son los que como Laín Entralgo han querido, o han podido, ser sistemáticos y sistematizadores respecto de un problema o un haz de ellos y han demostrado voluntad de empresa interdisciplinar, así como coherencia y honestidad intelectual respecto de sus creencias y presupuestos. Laín Entralgo ha querido ser metafísico y científico en la elaboración de una antropología filosófica y una antropología médica personalista, al hilo de lo que una de las metafísicas más exigentes, la de Xavier Zubiri tuvo como resultados y de una ciencia de la que nuestro autor es exigente estudioso y cuestionador.

¿Qué es el cuerpo humano, entonces, para el Laín actual? Cuatro aspectos, escribe en *Sobre el hombre*, deben ser discernidos para un cabal entendimiento de lo que el cuerpo *es*: descripción, explicación, comprensión e intelección. Descriptivamente, el cuerpo humano es el de un vertebrado bipedestante que es autor y ejecutor de conductas. A la descripción cumple, pues, el estudio de lo que se produce en el cuerpo del hombre desde la exterioridad que la morfología, la función, la evolución y el comportamiento intencional nos hacen contemplar. La explicación, por otro lado nos enseña cómo se producen los hechos que el cuerpo humano manifiesta como conducta, es decir, sus causas. Pero descripción y explicación se atienen, en la óptica de Laín, a solo una de las facetas de la contemplación intelectual del hombre, esto es, en cuanto se presenta como hecho empírico. Sin embargo el hombre es también suceso, y por ello su entendimiento requiere de los dos aspectos restantes. La comprensión nos indica el *sentido*, el posible entramado de aquellas conductas que mueven al hombre a comportarse como lo hace. Por sus conductas el cuerpo del hombre es existencia autónoma y, en consecuencia, auto-comprensión y posesión de sí mismo, del mismo modo que es coexistencia y, consecutivamente, comprensión de los otros. Mediante el concepto radicalizado de intelección quiere Laín acercarse a lo que la realidad del hombre *es*, en tanto que cuerpo. La intelección asumiría de modo crítico e interrogador lo que los tres aspectos anteriores han desarrollado. Negándose Laín a establecer la tajante distinción entre ciencias naturales y ciencias humanas a las

que la explicación y la comprensión han sido asignadas de modo respectivo, aboga por una integración asuntiva de ambas. La intelección, pues, una vez examinados los datos anatómicos, neurofisiológicos, etológicos, paleontológicos y psicológicos, es el acercamiento a los fundamentos metafísicos de la realidad del hombre.

Considera Laín que existen tres maneras básicas de explicitar de modo racional o razonable lo que es el hombre. Por diversos motivos no puede estar de acuerdo con la primera, dualismo hilemórfico o cartesiano, ya que la actuación de lo inmaterial sobre lo material levanta en él serias dudas y graves reproches, desde el punto de vista de la epistemología como de las ciencias que se ocupan de la realidad del cuerpo humano, sobre todo la embriología. Las objeciones a la segunda, el materialismo, le parecen igualmente graves porque considera que las respuestas ofrecidas por los materialistas no tienen en cuenta el esencial dinamismo de la materia. Por último, la crítica al mentalismo tiene su eje en la condición de simultaneidad orgánica y psíquica que sostiene Laín como propiedad de los actos corporales del hombre, es decir, conductas y acciones, frente al concepto de acto mental entendido como subjetivo o como epifenómeno. La crítica a estos tres modos la efectúa Laín desde los conceptos de realidad, sustantividad, inteligencia sentiente y estructura dinámica, tomados de Zubiri y radicalizados desde él. Las conductas corporales y acciones del cerebro, fruto de la evolución filogenética que dan lugar a lo que Laín denomina «naturaleza personificada», serán los fundamentos del monismo dinamicista que sostiene.

La conducta del cuerpo tiene, para Laín, tres pares de elementos complementarios, haz y envés de la realidad humana: el cuerpo es agente de su conducta y al mismo tiempo, paciente de ella; es actor y espectador; y, asimismo, autor e intérprete de ella. ¿Qué es lo que hace posible esta complementariedad? Laín afirma rotundamente que es el cerebro. Y para distanciarse de un dualismo siquiera metódico o distintivo, afirma que el cerebro no es «instrumento» de la conducta, sino *actor* de la vida personal. Y lo razona entre otros argumentos con el siguiente: si al observar el aprendizaje de signos y su comunicación por los primates no se supone ningún principio supra-material actuante, ¿es absurdo pensar que razonar, decidir, sentir y simbolizar sean, de modo primario, propiedades estructurales del cerebro humano, aunque se desconozca la exactitud de su mecanismo? El cerebro, mediante su inmediata actuación, abre, mantiene y modula las conductas del hombre. El cerebro es, pues, para Laín, “la formación anatomofisiológica y anatomopsicológica que inmediatamente ejecuta la actividad propia” del cuerpo, en tanto

el cuerpo es “materia cósmica estructuralmente construida y específica y personalmente diferenciada” (CHTA,325). El cerebro no es, pues, el «asiento» de la conciencia, es la conciencia misma. De forma correlativa, la conducta humana es, «acción intencional en el mundo», mediante la cual el hombre transforma el «medio ambiente» —propio de la conducta animal—, en «mundo», a través de una efectiva y novedosa modificación. Por lo tanto, para Laín, el psiquismo es el conjunto de las acciones de cerebro, y la conducta, la *versión* diacrónica al mundo de la ejecutoria personal. Cerebro, conciencia, psiquismo y conducta adquieren en el cuerpo humano una nota diferencial de máximo rango: el carácter personal. El cuerpo del hombre puede dar razón de sí mismo no sólo a través de signos, sino a partir de una capacidad nueva: la simbolización. A través de la invención de grafismos de diverso tipo y a través de la capacidad del habla el cuerpo del hombre muestra sus posibilidades y sus límites. Al acercamiento y la investigación de las posibilidades Laín las denomina «preguntas penúltimas» y sus modos de desarrollo vienen dados bajo el epígrafe de lo enigmático, esto es, del conocimiento sentiente que las investigaciones científicas, en sentido amplio, pueden abarcar. Al dominio del límite Laín lo titula como «preguntas últimas»: este dominio es el del misterio, lo insondable, para el cual el hombre sólo tiene preguntas pero no respuestas. El dominio del misterio es cuestión de creencia, pero no de ciencia.

Así las cosas, es necesario repetir las preguntas: ¿qué es el hombre?, ¿qué es el cuerpo humano? Las respuestas son para Laín, según lo anterior, las siguientes: a) el hombre es «naturaleza personal» o «naturaleza personificada», es decir un dinamismo estructurado capaz de decir «yo» para expresar su realidad; b) el cuerpo humano es, hoy por hoy, el producto más acabado de la evolución de las causas segundas, generadoras de sucesivos dinamismos, en un cosmos que en el pensamiento de Laín es un Todo conceptuado como *natura naturans*. El ápice de esta evolución filogenética es el cerebro, actor de la conducta del hombre responsable de sus tres actividades máximas: la posesión, el ofrecimiento y la donación. Gracias a la actividad holística del cerebro el hombre se reconoce como cuerpo y también como persona, y sabe vivir simultáneamente en su realidad y en el límite de ella. La apertura a lo que se encuentra más allá del límite, al misterio, le viene ofrecida al cuerpo del hombre precisamente por la configuración holística de su cerebro. De ahí el continuo impulso metafísico, que cobra características egregias en los estudios de la realidad.

Habíamos comenzado afirmando que el papel del cuerpo era deudor de

una teoría general de la persona en la larga época dualista de Laín. Hemos podido comprobar cómo en estos últimos años Laín Entralgo coloca al cuerpo y la persona en pie de igualdad. Sin embargo, el vocablo persona sigue sonando, con su evocación de lo que se encuentra «más allá de». Laín llama al cuerpo «naturaleza personificada». ¿Ha perdido nuestro autor todo vestigio dualista? Tajantemente, sí, en lo que se refiere a las investigaciones que por parte de las diversas ciencias y la filosofía el cuerpo, la conducta y la persona del hombre son y pueden ser objeto. Una salvedad hay que hacer, sin embargo: para Laín, el cuerpo, la conducta y la persona del hombre, en tanto realidades, tienen una contraparte inobjetivable y misteriosa a la que sólo puede accederse mediante la creencia esperanzada. ¿Significa la creación *ex nihilo* la aceptación de un tácito dualismo? En absoluto, puesto que lo que llamamos creación es, para Laín, el desarrollo hasta donde lo conocemos, de los dinamismos que han aparecido en la materia, entendida ésta como estructura dinámica. La «materia personificada» que es el hombre siempre tiene el reto de la posesión, la donación y el ofrecimiento de su cuerpo, su conducta y su persona, a sí mismo, a los otros y al Dios de sus creencias.